

CLASES Y REGIONES EN EL ANÁLISIS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

LAS CATEGORÍAS DEL CAPITALISMO CLÁSICO

La estructura de la desigualdad social, de las relaciones disimétricas y de las formas de explotación presenta a lo largo de la historia una variedad y una ambigüedad extraordinarias, particularmente difíciles de despejar antes de la aparición de la sociedad industrial. En los inicios del capitalismo *coinciden* sin embargo de una manera central las relaciones de producción de la empresa y de la ciudad, y la empresa se divide en sus elementos esenciales: los trabajadores y los dueños. La categoría de las clases sociales alcanza en la realidad y la conceptualización, sus características más nítidas. Pero esta nitidez esencial reviste una forma transitoria: el imperialismo y el neocapitalismo traen, a partir de finales del siglo XIX, elementos nuevos de confusión, o porque las clases dejan de ocupar el centro predominante de las formas *visibles* de desigualdad y explotación, con el auge de la explotación colonial de los monopolios financieros, o porque la explotación de clase se vuelve más borrosa y oculta con el “aburguesamiento” del proletariado de las metrópolis monopolistas, la cultura de masas de las llamadas “sociedades opulentas” y *la política* neocapitalista.

En cualquier caso, de la indefinición de la estructura social en sus formas de explotación, anterior a Marx, se pasa a una clara definición en que predomina la noción de clases, y de ahí a un problema de reajuste constante, en que una serie de elementos que sólo se encontraban *in ovo* –tanto en la estructura como en la conceptualización– empiezan

a desarrollarse en las ciencias sociales. Concretamente en el período clásico es menos significativo el peso que tienen en la estructura social del sistema capitalista: a] la estructura urbano-rural, b] la estructura de las clases medias y los sectores medios, y c] la estructura colonial. Estas estructuras existen ciertamente desde entonces y aun en etapas anteriores. Los clásicos del marxismo se refieren, incluso con cierta insistencia, a las relaciones entre campo y ciudad, a las relaciones entre los países colonialistas y colonizados y a la pequeña burguesía y las clases medias. Pero ni en la estructura clásica del desarrollo capitalista, ni en la conceptualización científica de la misma, tienen la importancia que alcanzarán más tarde. Su carencia de un lugar prioritario frente al relieve y la nitidez que cobran en ese período las relaciones de clase, la explotación de clase y la lucha de clases, constituyen a la vez la fuente de los descubrimientos *esenciales* sobre la estructura de la explotación, así como la fuente de los errores de generalización y extrapolación en el estudio de otras sociedades y de la futura evolución social.

En efecto, el descubrimiento de la estructura de la explotación de la sociedad capitalista clásica tiene un significado innegable en el desarrollo de la ciencia social. Concebir la sociedad como estructura y precisar una de sus características esenciales –la explotación– es un paso equivalente al descubrimiento de que la tierra no es el centro del universo, con todas sus implicaciones gnoseológicas, psicológicas y políticas. Ciertamente en el descubrimiento colaboró todo un proceso de desarrollo de la filosofía y de la ciencia; pero también la forma en que evolucionó la estructura industrial, hasta identificarse con la estructura urbana, con sus dos categorías elementales de empresarios y trabajadores.

Fue, sin duda, una época histórica relativamente pasajera, en que las más grandes diferencias sociales se dieron en el interior de la ciudad y en torno a una característica predominante, el trabajo, sin que las ocultaran otras diferencias reales o ideológicas, entre ciudad y campo, civilizados y bárbaros, nobles y plebeyos. El empresario era un burgués sin ningún título de nobleza y el proletario era un inglés sin gota de sangre bárbara. Esta situación de hecho, esta forma *despejada* en que apareció la estructura de la explotación ayudó considerablemente a aclarar un problema sustantivo de la evolución social, sobre el cual se trabajó con los instrumentos más finos de la filosofía y la ciencia social de entonces; el genio y el valor intelectual de Marx permitieron construir un sistema también clásico, coherente e influyente en la interpretación y transformación de la realidad social.

LAS CATEGORÍAS Y LA GENERALIZACIÓN

La generalización de este descubrimiento se enfrentó sin embargo a determinados obstáculos que es conveniente sistematizar; eliminan-

do las formas emocionales o ideológicas, en que han sido resaltados u ocultados, la mayor parte de las veces. Para ello quizá lo mejor sea empezar por indicar las formas en que operó la generalización⁸⁰. Existe en primer lugar una generalización de la sociedad clásica y capitalista al pasado y otra a la evolución del porvenir inmediato. En el primer caso se trata de reinterpretar la historia, en el segundo de hacer una serie de predicciones científicas, con base en el análisis de la dialéctica de la sociedad “actual” europea. Existe, finalmente, un grupo de generalizaciones que van de la sociedad clásica capitalista europea hacia otras, como la asiática. En todos estos casos los autores clásicos marxistas tomaron una serie de precauciones para especificar histórica y estructuralmente las relaciones de explotación y, en particular, la lucha de clases.

Ahora bien, a partir del supuesto dialéctico de que las relaciones de explotación se encuentran en toda sociedad en que un grupo se apropia los medios de producción y una parte del producto social, destacaron dos categorías generales –explotadores y explotados– aplicables a una etapa histórica mucho más amplia que la del capitalismo clásico, y cuyos límites se fijaron en el comunismo primitivo –de sociedades generalmente desaparecidas–, y en el socialismo y el comunismo de sociedades futuras, aún inexistentes. Dentro de estos límites se buscó especificar las relaciones de explotación, como historia y prospectiva de la lucha de clases. En el proceso aparecieron a la vez: a] el carácter universal de la explotación de clases, b] algunas formas específicas de la explotación de clases y, c] algunas generalizaciones de lo específico del capitalismo clásico europeo; del lugar específico que ocupaban las clases en el conjunto de la estructura de la explotación capitalista clásica. Fueron estas últimas generalizaciones las que se alejaron más del comportamiento de los hechos en países distintos de los europeos y, sobre todo, en el comportamiento de los hechos en el imperialismo y el neocapitalismo.

Los obstáculos a una generalización de la percepción clásica sobre la explotación de clase, no restarían validez a la categoría de la explotación de clase como categoría esencial para la explicación de los fenómenos históricos en los más distintos períodos y países, incluido nuestro tiempo y nuestros países, o los países neocapitalistas y desarrollados. Es más, las relaciones disimétricas, las desigualdades y la explotación de las épocas anteriores y posteriores al capitalismo clásico, difícilmente habrían podido ser despejadas de sus complejas presentaciones sin la estructura y la conceptualización elementales de la *socie-*

80 Aquí no tratamos otro punto, que es la forma en que el marxismo clásico pasó de la generalización al análisis en que incluía categorías más detalladas para la explicación de situaciones históricas específicas y concretas.

dad-fábrica que Hegel empieza a percibir con la dialéctica del amo y el esclavo, Ricardo con la teoría del valor-trabajo, y que Marx precisa con la dialéctica de la estructura capitalista, en que las clases son la esencia de esa sociedad, y el instrumento conceptual o la categoría principal para el análisis de otras sociedades.

El esclavismo, el feudalismo, el modo de producción asiático constituyen categorías que se descubren y precisan *después* de descubrir el capitalismo. El descubrimiento del capitalismo, como estructura y lucha de clases, se generaliza y especifica hacia otras sociedades de clases y hacia el propio futuro de la sociedad capitalista, y esta generalización esclarecedora, encierra también un proceso de oscurecimiento al generalizar y proyectar las características históricas concretas que ocupa la lucha de clases *en el conjunto* del sistema de explotación del capitalismo de entonces. El peso que tienen las clases, la proporción que representan en el conjunto del sistema social del capitalismo clásico son variables, y se acentúa su variabilidad en formas particularmente imprevistas con el imperialismo y el neocapitalismo.

La proyección de la *situación* histórica de la categoría de las clases, la deducción del “valor” que tendrían en el futuro de la sociedad capitalista, en función del “valor” que tenían en el conjunto del sistema de explotación de la época clásica, constituyen la fuente principal en los errores de predicción o de análisis de las *tendencias*; pero no anulan la categoría de las clases en tanto que *se encuentra* y que *explica* distintas situaciones, incluso del capitalismo contemporáneo, del neocapitalismo y del neocolonialismo.

Mills decía en una preciosa *boutade* que “el peor error de Marx fue haberse muerto en el siglo XIX”. Ahora bien, ya con la rica experiencia del siglo xx, con la aparición histórica del socialismo, el descubrimiento y la rebelión del Tercer Mundo, parece necesario recapitular sobre las formas en que la estructura de clases fue perdiendo la clara precisión que tuvo en la realidad de su etapa clásica, para adquirir nuevas formas y valores.

EXPLOTACIÓN DE CLASES Y DE REGIONES

Un modo de abordar el problema consiste en relacionar los dos tipos de explotación predominantes de nuestro tiempo, la explotación de clases y la explotación de regiones; en analizar las formas en que se han venido manifestando y ocultando mutuamente, o en que han venido ocupando pesos variables. Cuando hablamos de explotación de regiones –de los hombres de unas regiones por los de otras– nos referimos a una categoría general, indispensable para el análisis de estos problemas: mientras la explotación de clases es una categoría general en la que caben las formas históricas del esclavismo, el feudalismo, el capitalismo,

el neocapitalismo, *la explotación de regiones* es una categoría general que engloba la explotación ciudad-campo, la explotación colonial, la explotación imperialista y el colonialismo interno.

Cualquier análisis de las categorías concretas e históricas de la explotación que intente precisar sus mutuas interacciones supone, en primer término, el análisis de las combinaciones de las dos categorías más generales de la explotación, consideradas en distintos procesos histórico-sociales. La combinación de las dos categorías es, en efecto, la primera fuente de variación del conjunto de la sociedad capitalista que provoca una serie de variantes en el comportamiento de la estructura esencial de la explotación, y en las manifestaciones históricas distintas de la clásica europea.

Estas diferencias –que hoy se perciben con relativa frecuencia y claridad– son de tres tipos principales en lo que respecta a la explotación: a] las que se refieren a las relaciones disimétricas en el interior del centro (clases); b] las que se refieren a las relaciones entre el centro y la periferia (explotación regional); c] las que se refieren a las relaciones en el interior de la periferia (clases). La *caracterización* de estas diferencias obviamente se puede complicar para los fines de un análisis que intente comprenderlas en sus formas más concretas; pero antes de dar ese paso parece conveniente limitarse a un esquema relativamente simple y provisional que destaque las relaciones posibles e históricas de los dos tipos más generales de explotación. Al efecto puede ser útil precisar las siguientes hipótesis:

1. La explotación de unos grupos sociales por otros, las relaciones disimétricas de unos grupos sociales y otros, y las relaciones de desigualdad abarcan un conjunto histórico y social que se distingue por una serie de subconjuntos con distintas formas de explotación de clase y de explotación regional, que alteran la forma original en que aparece el fenómeno en el capitalismo clásico, pero que no acaban con los fenómenos de explotación, disimetría y desigualdad, sino con *una* de las combinaciones que históricamente han presentado y pueden presentar.
2. Para alcanzar una generalización o una predicción de las estructuras mencionadas y de su comportamiento probable en el futuro, así como para hacer generalizaciones sobre las formas en que se relacionan con ellas otras características y fenómenos sociales, culturales, políticos, como las ideologías, la conciencia, las crisis, las revoluciones y el propio desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción; para analizar estos fenómenos en sus tendencias, variaciones, covariaciones, despejadas en formas cualitativas y cuantitativas es necesario considerar las com-

binaciones teóricas y políticamente posibles de los dos tipos de explotación, en el desarrollo de la sociedad capitalista.

COMBINACIONES DE DESIGUALDADES

Un modelo muy elemental que puede facilitar el análisis de las combinaciones *posibles*, y habituarnos a considerar la *posibilidad* de distintas combinaciones de la estructura de la explotación dentro del *mismo* sistema, consiste en utilizar una sola característica, la desigualdad, y dos categorías, las clases y las regiones. La desigualdad se puede comprender en forma general, como falta de semejanza, como falta de uniformidad, como diferenciación, susceptible de análisis ulteriores en que se incluyan las características de las diferencias cualitativas y las medidas de las diferencias cuantitativas. Las clases se pueden limitar a las dos del modelo clásico más elemental: la burguesía y el proletariado, y las regiones a las dos más frecuentes en el modelo clásico, la ciudad y el campo, o bien a las metrópolis y las colonias –en forma previsionalmente excluyente y sin combinar unas y otras– sin precisar aún el juego entre colonialismo internacional e interno.

Con los elementos anteriores tenemos la posibilidad de considerar los siguientes tipos de desigualdades:

1. *Las desigualdades de clase*, que pueden ser de *interclase* (entre una clase y otra) y de *intraclase* (en el interior de una clase). Incluyendo sólo dos clases, la burguesía y el proletariado; tendríamos así la posibilidad de considerar:
 - a la desigualdad entre la burguesía y el proletariado.
 - b la desigualdad en el interior de la burguesía.
 - c la desigualdad en el interior del proletariado.
2. *Las desigualdades regionales*, que pueden ser también *inter* o *intrarregionales*. Considerando sólo dos regiones, u optando sólo por una de las dicotomías regionales disimétricas –ciudad-campo, metrópoli-colonia– a las que llamaremos genéricamente centro-periferia, tenemos:
 - d La desigualdad entre el centro y la periferia (entre la ciudad y el campo, o entre la metrópoli y la colonia).
 - e La desigualdad en el interior del centro (ciudad o metrópoli).
 - f la desigualdad en el interior de la periferia (campo o colonia).

La relación de los dos tipos de desigualdades anteriores nos da la posibilidad de estudiar expresamente las desigualdades inter e intrarregionales, inter e intraclase, en términos de su magnitud que puede ser analizada con distintos atributos (ingreso, propiedad, niveles de vida) y calculada con los más diversos modelos.

Empezando por las situaciones diferenciadas tenemos:

1. Modelo clásico: Las desigualdades interclase son mayores que las desigualdades interregionales.
2. Modelo colonialista: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales.
3. Modelo clásico: Las desigualdades interclase son mayores que las desigualdades intraclase.
4. Modelo neocapitalista: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades intraclase.
5. Modelo clásico: Las desigualdades intrarregionales son mayores que las desigualdades interregionales.
6. Modelo colonialista: Las desigualdades intrarregionales son menores que las desigualdades interregionales.

Los modelos 5 y 6 operan como clásico y colonialista respectivamente, tanto cuando la diferenciación se basa en las clases (clases urbanas frente a clases rurales) como cuando se basa en distintos agrupamientos regionales (ciudad-campo de un país metropolitano frente a ciudad-campo de un país colonial). Aunque la diferenciación por agrupamientos regionales da validez a los modelos 5 y 6, de hecho éstos se asemejan al 1 y 2, mientras no se piensa en la confrontación de categorías regionales de distintos límites que busque combinar para analizar, por ejemplo, las relaciones del colonialismo interno y del internacional, o las relaciones ciudad-campo en los países metropolitanos y en las colonias. Por ello en esta parte del análisis sólo se mantienen los modelos del 1 al 4.

En cuanto a las situaciones indiferenciadas tenemos tres tipos más, lejanos de la realidad, y que por lo tanto tampoco vale la pena considerar, salvo por el hecho de que plantean más agudamente la necesidad de estudiar otro aspecto del problema: la dimensión o el grado de la desigualdad. En efecto, hay estas tres posibilidades teóricas, que se pueden añadir a las anteriores.

7. Las desigualdades de interclase y las desigualdades interregionales son iguales.
8. Las desigualdades de interclase y de intraclase son iguales.
9. Las desigualdades inter e intrarregionales son iguales.

En todos estos casos el problema consiste obviamente en descubrir la magnitud de las desigualdades que se asemejan, pues las equivalencias pueden darse con altos y bajos grados de desigualdad, heterogeneidad, variabilidad. Pero como el mismo objetivo se puede buscar en modelos

más próximos a la realidad, cuando reconociendo las diferencias de las desigualdades se mide el grado de éstas, tampoco desde este punto de vista vale la pena considerar los modelos 7 a 9.

Ahora bien, combinando los modelos 1 a 4, tenemos el típico modelo clásico (1, 3), en que destaca la explotación de clase frente a la explotación regional y en que destaca la explotación de unas clases por otras, concretamente del proletariado por la burguesía. Combinando los modelos 1 y 4 destaca la explotación de clase frente a la explotación regional y, simultáneamente, destacan las diferencias en el interior de las mismas clases, que oscurecen los fenómenos de explotación de clase. En ambos casos las categorías regionales ocupan un lugar secundario y la conciencia de la estructura social corresponde a las naciones euro-centristas y urbano-centristas, que no distinguen suficientemente las diferencias de Europa con el resto del mundo ni de lo urbano con lo rural, o de lo metropolitano con lo colonial.

De otra parte, cuando se combinan los modelos 2 y 3 se tiene el esquema de una situación en que las desigualdades entre unas clases y otras son mayores de las que hay en el interior de cada clase, pero menores de las que hay entre una región y otra. Ésta es la forma en que aparece el modelo colonialista sin neocapitalismo en que la diferenciación de interclase es visible pero menor que la de unas regiones a otras. En esta situación la percepción de las diferencias internas –de clase– puede coincidir con una percepción simultánea de las diferencias interregionales, la conciencia de clase con la conciencia de las desigualdades nacionales o internacionales.

Finalmente, cuando se combinan los modelos 2 y 4 tenemos la situación típica del modelo colonialista y neocapitalista, en que mientras las desigualdades de unas clases y otras en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre las metrópoli y las colonias o entre la ciudad y el campo, las desigualdades que existen entre unas clases y otras son menores de las que se dan en el interior de una misma clase. Se trata de una situación social en la cual ocupan un primer plano la conciencia metropolitana y el oscurecimiento de la conciencia de clases.

UN ANÁLISIS MÁS COMPLEJO Y CONCRETO EN CUANTO A LAS CATEGORÍAS

El análisis anterior en que se combinan cuatro tipos de desigualdades se puede volver más complejo y concreto aumentando el número de categorías. Para los fines de este estudio baste con añadir expresamente la categoría de explotación *en el interior de una nación* frente a la categoría de explotación *internacional*. La categoría nacional-internacional permite precisar en un contexto más amplio y concreto las combinaciones que en la sociedad moderna presentan los conjuntos de desigualdades. Con ello sólo intentamos alcanzar una imagen más precisa de las posibilida-

des de combinaciones que se han presentado. Estas posibilidades teóricamente son de ocho tipos, cuando se combinan los seis modelos arriba señalados. La combinación de los modelos 1, 3, 5 nos da el tipo clásico de combinación: en la metrópoli capitalista las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y también son mayores que las intraclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las existentes entre la metrópoli y la periferia. En el extremo opuesto tenemos el modelo 2, 4, 6. En la metrópoli las desigualdades de interclase son menores que las desigualdades interregionales y también menores que las desigualdades intraclase; de otra parte, las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre la metrópoli y la colonia. Se trata en este caso del modelo típico del imperialismo y el neocapitalismo. Entre uno y otro se encuentran seis posibles modelos más (cf. anexo) que no presentan la coherencia de los anteriores.

Una lectura de las combinaciones de variables que se dan en cada uno de los modelos restantes hace ver que siempre hay algún elemento incoherente, una combinación contradictoria. No se trata sin embargo de contradicciones lógicas, ni se perciben a este nivel de abstracción contradicciones históricas, que en análisis más concretos podrían resaltar. Se trata de incoherencias *políticas*. En efecto, mientras el modelo 1, 3, 5 revela una *vulnerabilidad* particularmente coherente del sistema capitalista, en que las divisiones internas del país metropolitano son mayores que las externas, las divisiones de clase mayores que las de interclase y mayores que las regionales, el modelo 2, 4, 6 presenta las características de una formación militar, de una ciudadela, de un grupo particularmente indiferenciado frente al exterior. La percepción *política* de estos dos modelos corresponde a la acción política de los grupos en pugna más característicos de la historia contemporánea, a las configuraciones ideológicas que hacen que el marxismo extrapole la combinación del modelo 1, 3, 5 y los capitalistas la del modelo 2, 4, 6, y a que unos y otros actúen para acentuar la vulnerabilidad o para disminuirla. La realidad histórica es que el capitalismo logró cambiar la combinación clásica, y la ideología del capitalismo es que puede mantener indefinidamente la combinación neocapitalista e imperialista. Pero antes de desarrollar más el problema parece conveniente enunciar otras características que en un modelo más concreto y cercano a la realidad histórica acentuaron las diferentes combinaciones.

OTRAS CARACTERÍSTICAS QUE CONTRIBUYERON A ALTERAR EL MODELO CLÁSICO

Hasta aquí hemos analizado las distintas combinaciones a un nivel de abstracción que nos permitía fijar la atención en el problema mismo de las posibles combinaciones de estructuras dentro del sistema capitalista. Hemos reducido la experiencia histórica y social del capitalismo a uno de sus

elementos característicos y esenciales: las *combinaciones de las relaciones* disimétricas, de desigualdades, de explotación, que operan entre clases y regiones⁸¹. Algunos supuestos, medidas y hechos concretos han sido eliminados del análisis con este objeto. Entre ellos se encuentran: a] el supuesto mismo de que existen relaciones de desigualdad; b] el supuesto de que existen relaciones disimétricas; c] el supuesto de que existen relaciones de explotación. Todos estos fenómenos han sido analizados en la literatura por autores de distintas ideologías y exigen una formalización más precisa y en varios grados polémica e ideológica: las relaciones de desigualdad son ampliamente reconocidas en la ciencia social, y las medidas de desigualdad objeto de análisis propios de los más distintos autores; las relaciones disimétricas aparecen en la literatura marxista y no marxista; en cuanto a las relaciones de explotación, ligadas a la teoría de la plusvalía y al cálculo de la apropiación de los excedentes económicos, son objeto de análisis prácticamente exclusivos del marxismo; pero en sus manifestaciones externas se asemejan a las relaciones disimétricas a que se refieren autores como Hirschman o Perroux. En cualquier caso ésta es una primera veta para el enriquecimiento del análisis que hemos emprendido.

De otro lado existen una serie de fenómenos y características históricos, que han formado combinaciones del sistema más próximas a la realidad y categorías más concretas. Ya hemos visto cómo se complica y enriquece el modelo al introducir la categoría de lo nacional e internacional, en que las mismas relaciones aparecen en contextos intranacionales o internacionales y esta categoría, sin duda, se precisa y aclara con las características históricas, sociales, políticas, militares del Estado-Nación, del imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, la descolonización. De otro lado vimos cómo el modelo dicotómico de las clases sociales, proletario-burgués, se enriquece en sus juegos y combinaciones al introducir la noción de divisiones tricotómicas y pluritómicas cuando en términos abstractos se piensa que surgen divisiones en el interior de esas clases, o que aparecen con un nuevo peso las “clases medias”. La precisión de las hipótesis anteriores se puede hacer analizando por separado, y relacionando después, los tres tipos de relaciones considerados (las relaciones de clase, las relaciones regionales y las relaciones entre clases y regiones) pero asignándoles las características y hechos muy concretos que generan a lo largo del desarrollo histórico los siguientes tipos de variaciones: 1. las variaciones en los medios de producción; 2. las variaciones del consumo y los servicios, y 3. las variaciones de la conciencia de los grupos y clases sociales, incluida la conciencia de la situación de las clases o naciones dominantes,

81 En este ensayo no distinguimos específicamente los conceptos de desigualdad, disimetría y explotación. Apuntamos diferencias, pero operamos con ellos en lo que tienen de intercambiable.

y de sus posibilidades de acción práctica, en la búsqueda de combinaciones estructurales más favorables para sus intereses y objetivos.

El desarrollo de las fuerzas de producción, de la tecnología y de la concentración de capitales en grandes unidades productivas, genera una serie de categorías que alteran concretamente el comportamiento social respecto a sus formas clásicas: en el proletariado se agudizan las divisiones entre obreros no calificados, calificados y especializados; en la burguesía las divisiones entre propietarios y gerentes, y entre una y otra clases surgen en números cada vez mayores los empleados y profesionistas, los sectores medios, las “clases medias”, que “borran” o “diluyen” estructuralmente la división clásica.

El propio desarrollo de las fuerzas de producción, de la tecnología y la concentración de capitales altera profundamente los patrones de consumo y servicios públicos y privados de la etapa clásica, y éstos el comportamiento sociopolítico de las clases y regiones. Las características del consumo y los servicios, que eran propias de la burguesía clásica, se extienden y amplían en los países metropolitanos o en las metrópolis de los países coloniales, a capas mucho más amplias y a algunos subconjuntos de las propias clases bajas: la producción en masa, el consumo en masa, los servicios colectivos cambian así la relación de las desigualdades de la época clásica del capitalismo.

Los cambios en la producción y en el consumo, en la tecnología y el producto para las masas, en la organización y la responsabilidad empresarial alcanzan un impacto sociopolítico innegable; la estratificación, la movilidad, la participación, la movilización, la urbanización y la movilización de la periferia, no tenían ni con mucho en la época clásica el significado que alcanzan en la sociedad contemporánea, como tampoco la tenía la estructura nacional e internacional de las desigualdades.

En efecto, a lo largo de más de un siglo se convierten en una realidad de los países metropolitanos las características estructurales señaladas con anterioridad, y a la vez se desarrolla una estructura en que se acentúan progresivamente las diferencias entre los países imperialistas y coloniales, industrializados y agrícolas y en que *esta misma estructura* se repite en el interior de cada país colonial y agrícola: así las metrópolis coloniales aumentan en su interior la estratificación y la movilidad sociales, la participación y la movilización de los individuos marginales, la urbanización y la movilización de la periferia, sin que en el agregado estadístico de la nación colonial estos fenómenos dejen de ser *simultáneos* a un incremento global y absoluto del colonialismo interno, de la población marginalizada, de la sociedad dual, del empobrecimiento campesino.

A las formas ideológicas en que algunos autores marxistas analizan la evolución del neocapitalismo afirmando que las categorías de estratificación, movilidad, etc., son puramente ideologías burguesas, cuando se trata en realidad de cambios significativos en las estructuras del pro-

pio sistema capitalista, se enfrentan las formas ideológicas del progreso indefinido, del “capitalismo popular”, de los “polos de crecimiento”, de la “mancha de aceite”, que dan un lugar secundario al surgimiento de las nuevas desigualdades y formas de explotación. La realidad es que el sistema de clases del capitalismo ha encontrado nuevas combinaciones estructurales, que oscurecen pero no acaban con el sistema de clases, y que alteran considerablemente el comportamiento y la lucha políticos, sin que eliminen indefinida o universalmente la lucha de clases.

LA POLÍTICA DEL DESARROLLO CAPITALISTA Y LAS COMBINACIONES DE CLASE Y REGIÓN

Los fenómenos anteriores generan una conciencia política en las clases dominantes de los países capitalistas. Es evidente que la conciencia y la técnica social de base científica de la burguesía es muy superior a la de sus predecesores del feudalismo o el esclavismo. El marxismo no sólo influye en la conciencia del proletariado sino de la burguesía. De otro lado, el desarrollo de las fuerzas productivas, de la tecnología, del consumo y los servicios no tiene precedente en las épocas anteriores al capitalismo. Su ritmo es particularmente acelerado desde el siglo XIX y provoca transformaciones de las relaciones de explotación relativamente fáciles de percibir, confrontar y medir. Las clases gobernantes se encuentran así con un potencial técnico y estructural de que carecían las clases gobernantes de sistemas distintos al capitalista, y orientan las combinaciones hacia las formas que aseguran más su estabilidad y la continuidad del sistema de propiedad privada de los medios de producción. El poder de que disponen –político, económico, cultural– redoblado de su conciencia y conocimiento técnico de las combinaciones de conjuntos, que aparecen por la propia dinámica del desarrollo de las fuerzas de producción, les permite diseñar políticas en que las relaciones de producción los coloquen en situaciones menos vulnerables que las del capitalismo clásico. Estas políticas, en sus lineamientos generales buscan reforzar o dirigir aquel tipo de transformaciones que disminuyen las diferencias de clase mientras aumentan las diferencias regionales, que disminuyen las desigualdades en el interior del país metropolitano mientras aumentan las diferencias entre éste y el colonial, repitiendo en el país colonial el mismo proceso: disminución de las desigualdades de clase en el interior de los centros urbanos, mientras aumentan las de éstos y la periferia rural, o las colonias interiores.

Esta política universal de *bastión o ciudadela* –con grandes y pequeñas metrópolis, con colonias internacionales e internas– ciertamente se ve limitada en las etapas de depresión, en que efectiva y políticamente opera la depauperación de las clases medias y del proletariado urbano, afectando incluso a los pequeños empresarios de las grandes metrópolis y acentuando la lucha de clases frente a la lucha regional, con lo que tam-

bién aumenta la vulnerabilidad del sistema. Pero uno de los esfuerzos de la técnica social del capitalismo ha consistido en controlar el ciclo, el receso, la crisis. En ello la política de bastión ha alcanzado un éxito innegable, para fortalecerse y mantenerse: las medidas anticíclicas hoy ya casi no son motivo de discusión sino de práctica. Entre ellas se encuentran las guerras, que provocan el auge económico del sistema, y hacen que funcione la combinación de explotación y desigualdades regionales frente a aquella en que predominan la explotación y las desigualdades de clase. Que esta política no vaya a ser permanentemente eficaz, no quiere decir que no lo haya sido durante un largo tiempo.

LA COMBINACIÓN DEL SUBDESARROLLO

Por el contrario, en el caso de la política de desarrollo de tipo capitalista la discusión sobre una técnica adecuada reviste más características ideológicas, porque siendo la política de bastión muy efectiva para mantener el sistema, necesariamente traslada los fenómenos de desigualdad y explotación a las regiones periféricas coloniales o dependientes; estructura las relaciones disimétricas de las metrópolis imperialistas y las ciudades coloniales, y de éstas con sus respectivas colonias internas. El subdesarrollo de la periferia mundial es parte esencial de la combinación neocapitalista.

Hay sin duda al mismo tiempo un crecimiento de los medios de producción y una expansión del consumo de masas a los propios países periféricos y coloniales, y ambos procesos se prestan a interpretaciones optimistas en que se postula un proceso lineal de expansión de los polos de crecimiento, de ampliación sostenida de la mancha de aceite del desarrollo y hasta de “capitalismo popular” para los países subdesarrollados. Pero de hecho, tanto el crecimiento de los medios de producción, como la expansión del consumo y los servicios, siguen en el interior de los países subdesarrollados el mismo patrón que han seguido a nivel mundial; generan diferenciaciones de intracase con el incremento de las clases medias, o con las diferenciaciones entre trabajadores especializados, calificados y no calificados, y al mismo tiempo que disminuyen las desigualdades entre una clase y otra aumentan las diferencias entre las metrópolis coloniales y sus colonias internas; la carga final e irreversible queda así en las periferias rurales del Tercer Mundo.

En tanto el crecimiento y la expansión de los medios de producción, el consumo y los servicios son fenómenos relativamente sostenidos, aparecen de un lado nuevos polos o metrópolis desarrolladas, aumentan su peso y extensión en el universo subdesarrollado y generan al mismo tiempo procesos de movilidad social, de movilización y de participación, sin que se acabe la combinación neocapitalista de desigualdades regionales y de clase, con lo que en estos países se da simultáneamente el neocapitalismo y el subdesarrollo, y siendo sus centros o

metrópolis dependientes de los países imperialistas ejercen a su vez un imperialismo en el interior de sus fronteras.

De hecho todos los fenómenos de crecimiento, expansión y movilidad o movilización se dan al mismo tiempo que se acentúa la desigualdad entre los países desarrollados y subdesarrollados, o entre las zonas desarrolladas de los países subdesarrollados y las zonas subdesarrolladas que se encuentran en su interior, o entre las ciudades subdesarrolladas y el campo. Es así como desde un punto de vista estadístico se pueden medir a la vez los fenómenos que indican crecimiento –absoluto y hasta relativo– de los sectores medios, de los obreros especializados, de la población urbana, de los servicios, del consumo, de la participación y la movilización, y al *mismo tiempo*, se puede medir la mayor desigualdad entre los países desarrollados y los subdesarrollados, entre las ciudades y el campo, así como la mayor intensidad de la depresión o empobrecimiento de la población marginalizada.

Estas dos posibilidades de medición reflejan que el desarrollo capitalista implica o supone un tipo de subdesarrollo que le es concomitante y que parece incontrolable, el cual repite a lo largo del mundo la nueva combinación de clases y regiones.

INVESTIGACIÓN Y ANÁLISIS

La estructura universal de la combinación neocapitalista y de la política, que tiende a fortalecerla hace necesario replantear dentro del nuevo contexto, una serie de generalizaciones que arrancan del marxismo clásico, analizando el comportamiento de variables más concretas, de las que hemos manejado hasta ahora. Vamos a destacar algunas de las más significativas:

1. La ley de la tendencia decreciente de la tasa de utilidades era estipulada bajo el supuesto de que la limitaban a] el comercio internacional y los movimientos internacionales de capital; b] el desarrollo de las grandes compañías; c] la baja en los precios de las materias primas. Precisamente la combinación neocapitalista contraría esta tendencia, en todos y cada uno de sus aspectos. La expansión del comercio mundial, el desarrollo de los monopolios, y el deterioro constante de la relación de intercambio son características bien conocidas.

Marx previó la tendencia a la expansión mundial del capitalismo por la necesidad de incremento constante de los mercados; la tendencia a la inversión en los países coloniales porque las tasas de utilidades en ellos son mayores, dada la baja densidad de capital, y la tendencia a la venta de los productos industriales en los mercados coloniales porque se pueden obtener utilidades extra al producir

en las metrópolis y vender en las colonias. Estas tendencias modificaron en forma estructural el curso de la ley decreciente de las utilidades, que en la combinación clásica parecía casi irreversible.

2. Marx prevé una polarización de la economía mundial, una creciente “división internacional del trabajo” con centros predominantemente agrícolas sometidos a centros predominantemente industriales y considera la posibilidad de la explotación de las burguesías de países europeos por la burguesía entonces dominante que era la inglesa. Igualmente hace ver que el esclavismo de las colonias es la base del desarrollo industrial y tan importante, como la maquinaria o el crédito. Todas estas tendencias se habrían de desarrollar en forma extraordinaria, creando nuevas combinaciones en las relaciones de producción de las metrópolis, y reestructurando las relaciones del conjunto del sistema capitalista mundial. De hecho aquí se encontraba la simiente que iba a alterar el comportamiento de muchos otros fenómenos.
3. La concentración del capital que consiste en la “destrucción de los capitalistas independientes, en la expropiación de los capitalistas por los capitalistas, en la transformación de muchos capitales pequeños en unos cuantos grandes capitales”; la “ruina de muchos capitalistas pequeños, cuyos capitales pasan en parte a las manos de sus conquistadores, y en parte se desvanecen”, la transición de los pequeños capitalistas independientes a los grandes monopolios, la concentración del capital financiero, la acentuación del proceso durante los períodos de crisis son hechos que dándose en el interior de la misma clase, son susceptibles de análisis regionales muy significativos, y que caracterizan precisamente la forma de expansión del imperialismo, y del colonialismo interno a costa de las burguesías de los países y zonas dominados.
4. La depauperación del proletariado, el crecimiento del “ejército de reserva industrial”, la declinación relativa en el empleo del trabajo, “el aumento más acelerado de la pobreza en relación con la población y la riqueza”, la “acumulación de la miseria”, la declinación general en el ingreso real de los trabajadores, o el incremento de las tasas de mortalidad infantil, si bien no ocurren necesariamente en el proletariado inglés o en las zonas urbanas, son fenómenos que se registran más precisamente, conforme se pasa de las regiones metropolitanas a las coloniales, de las ciudades imperialistas a las ciudades coloniales, y de éstas al campo y los campesinos de las colonias.
5. Los fenómenos contradictorios entre “la división cada vez mayor de la sociedad como un todo en dos grandes campos hostiles, entre

dos clases que se enfrentan directamente entre sí: la burguesía y el proletariado”, la expansión de esta división en los linderos nacionales e internacionales, de un lado, y de otro el problema que advierte Bruno Bauer de que al proletariado “se le puede comprar con un penique de aumento en los salarios”, o el que ve el propio Marx de que el proletariado inglés frente al irlandés se siente miembro de la “nación dominante y se convierte en un instrumento de los aristócratas y los capitalistas *contra Irlanda*”, en actitud semejante a la de los “blancos pobres” contra los “negros” en Estados Unidos, son fenómenos que se hacen compatibles con la combinación neocapitalista e imperialista, hasta un grado que entonces era casi imprevisible, no obstante que el propio Marx observaba cómo el antagonismo entre los proletarios británicos e irlandeses “era mantenido artificialmente e intensificado por la prensa, el púlpito, los periódicos cómicos, y en suma por todos los medios al alcance de las clases gobernantes”. La depauperación de los países coloniales, el aburguesamiento de los proletarios ingleses, el enfrentamiento de naciones y el oscurecimiento de la lucha de clases constituye la típica estructura y política del neocapitalismo.

Todos estos hechos, todas las generalizaciones y correlaciones más significativas, como la conciencia de clases y los procesos mismos que conducen a la revolución socialista, fueron alterados en el interior de las metrópolis clásicas y en el interior de los países coloniales, donde se repite en menor escala, la misma estructura y combinación.

Los cambios que ocurren en el siglo XIX, empiezan a ser registrados por el propio Marx y después en su plenitud, son sistematizados por sus discípulos, sobre todo a partir de Lenin. Pero aún hoy en las generalizaciones y extrapolaciones todavía pesa la imagen de la combinación clásica del capitalismo, constituyendo una de las principales fuentes de error, cuando se le toma por constante.

Esta última imagen tiene que desaparecer. En el planteamiento de la política actual resulta difícil ignorar las formas cambiantes de la relación entre desigualdades regionales y desigualdades de clase, y en la ciencia social se siente el apremio de llevar su estudio hacia formas cada vez más precisas, históricas y matemáticas. Al hacerlo es necesario considerar que la combinación actual también es variable, y analizar las fuentes de su variación: los negros y los pacifistas en el interior de la metrópoli norteamericana, los habitantes de las villamiserías y los tugurios en las ciudades coloniales. Y después, quizá, otra vez los obreros.

La crisis final del capitalismo puede regresar, a un nivel más alto, al modelo clásico, aunque con la participación no sólo de Europa, sino del resto del mundo, no sólo de los obreros sino de los campesinos y los estudiantes.